PRIMERA SECCION

SANTA FE

EDICION DE 40 PAGINAS | AÑO XIII — N.o 6778 | Santa Fe, viernes 12 de octubre de 1923

12 de Octubre de 1492



El sueño del visionario

LA RAZA

Se celebra hoy en el mundo hispano americano, en el del idioma castellano, el día de la raza

De entre los aniversarios históricos que suelen celebrarse, no hay ninguno de más contenido espiritual que el que hoy se celebra. Une el del día de la raza, la gloria del pasado a la magnificencia del porvenir. En el pasado se destaca límpida y agitada a la vez, la figura del gran marino de Génova, así como en el porvenir asoma la imagen de una vasta comunidad de pueblos, entendiéndose, identificados por el verbo. Por esto, el doce de octubre, debiera ser el día de la poesía, consagrada a la esperanza que se la ve traduciéndose a la realidad. Ninguna comunidad humana ha de ser con el tiempo, tan superior como lo es la hispano americana. Cuando la parte del continente que ocupa llegue a poblarse en el orden de que es capaz, muchos millones de hombres, entonces, modularán los mismos sonidos, expresarán sus sentimientos con las mismas voces, hablarán el mismo idioma. La raza estará ahí ofreciéndose al universo por medio de su civilización. Es que la raza es el idioma, cada vez con mayor exactitud, por extinguirse o por confundirse los linderos etnológicos. La etnología va tejiendo en sus fundamentos la lengua, desde que es ésta la que une o es susceptible de unir a los hombres con lazos de fraternidad.

El día de la raza ha nacido en nuestro país, en un momento de inspiración del ex presidente, señor Irigoyen. Y puesto que nosotros lo hemos afirmado en el mundo de habla castellana o española, muy atinado sería que en la metrópoli se organizara en todos los aniversarios, un certamen literario, al que concurrieran los poetas de la lengua. Este certamen, además, habría de correr por cuenta del Estado. Así acrecería el espiritualismo de la raza, en cantos de inmortalidad, horadando el porvenir.

Búscase hoy en todos los estadios de la civilización, la idea que tenga la virtud de acercar a los pueblos y a los hombres, y ninguna otra idea puede ser más apropiada que la expuesta. La idea es un organismo que cuando prende en el espíritu humano, tiene vida para muchas centurias. Bien lo testimonian muchas que aún viven y que tienen su origen en épocas muy lejanas. Así, por ejemplo, un certamen de fraternidad que se celebrara en una de las ciudades más importantes de la civilización, acaso terminara por imponerla en lo político y en lo económico, mucho más pronto y mucho más fácil que toda la diplomacia empeñada en una concepción igual. La siembra de pensamiento en un sentido tan profundamente trascendental, resulta fecunda siempre. Lo difícil de hallar es la semilla y sobre todo el sembrador. El hombre que siembra para los siglos no se encuentra a la mano, ni tampoco puede serlo cualquiera. El ex presidente, señor Irigoyen, encontró una fecha consagrada por el agradecimiento de la posteridad y tuvo el buen acierto de darle otro nombre más pintoresco, más sugerente, más dispuesto a la penetración de los espíritus. Pero al día de la raza le falta la corona de laurel, que únicamente puede dársela la poesía. De aquí que la organización de un certamen poético sea necesaria, certamen que haga vibrar el espiritualismo de la comunidad idiomática y vaya enseñando a sentir al unísono a cuantos grupos humanos se vayan incorporando a la América hispana. No de otra manera puede crearse el credo, sino al contacto con el ideal.

Si los poetas más brillantes de la lengua cantaran en el día de hoy las excelencias de la raza, probablemente no habría nada que temer, en cuanto a contingencias de índole funestas. Es decir, todos los pueblos hispanos hallaríanse mancomunados por el espíritu, que es la cualidad fraterna. Y si pues en medio de la civilización universal se hiciera algo parecido o análogo, con el tiempo terminaríanse, por falta de ambiente, los pueblos carniceros, esos pueblos que acarician la idea de la guerra, por un objeto de conquista. Así como se modifica la geografía ambiente, por medio del trabajo persistente y tenaz, así también se modifica el alma humana, por medio de la fecundación de ideas bienhechoras. Pero por desgracia son muy pocos los sembradores que arrojen sobre un terreno más o menos propicio, la semilla secular.

Admiramos a la raza, a nuestra raza, por su trayectoria ascendente, luminosa; la admiramos por ser una de las que están llamadas a ocupar mayor espacio y por ende a prodigar mayor enseñanza. Cada una de las naciones de la América hispana, no es otra cosa, hoy por hoy, que un simple esbozo colectivo, pero un esbozo que deja entrever sus poderíos de civilización, llamando o llamado a llenar quién sabe qué número de centurias. Digna es del canto, como hemos dicho; digna de que la línea la enaltezca y le ilumine sus derroteros, por sobre imágenes de belleza.

El día de hoy es propio del certamen, teniendo por sede la metrópoli y por tutor el Estado. Así sembraríase una gran idea de entusiasmo y de bien.

PROSISTAS

Para mí, es decir según yo veo (no porfiaré con nadie si veo bien o mal), dos son los prosistas "tipos" en la actual literatura argentina: G. Martínez Zuviría y J. J. de Soiza Reilly. Ambos comparables en fecundidad; ambos distintísimos en técnica y en idiosincrasia literaria, lo mismo que en rasgos de vida.

G. Martínez Zuviría es el descriptor eximio. Cuando en sus novelas llega el momento propicio de la descripción, se lanza sobre ella con un dominio tan completo, que sólo Pereda puede ser su semejante. El conoce el secreto de la montaña, de la llanura, del río, de las nubes, del sol, de las lloviznas, del plenilunio, con una exactitud y belleza de pormenores tan sorprente, que es algo abrumador como puede penetrarlo, como puede luego decírnoslo y producir en nuestra alma esa sensación que sólo los geniales son capaces de engendrar.

"Flor de Durazno", "La casa de los cuervos" y "La que no perdonó", serán modelos perdurables de belleza por sus descripciones opulentas de verdad, soberbias de colorido.

Monseñor Napal en un teatro de Rosario hace muy poco tiempo, durante hora y media absorbió la atención del auditorio señalando no ya exclusivamente los rasgos de la personalidad literaria de Martínez Zuviría, por lo que significan sus triunfos de librería sino lo que aun es superior, haciendo comprender el milagro con que verifica creación de bellezas. Y monseñor Dionisio Napal, desde hace algún tiempo se viene destacando como uno de nuestros críticos más sagaces.

G. Martínez Zuviría, como no es ampuloso, como no es rebuscador de términos, como tiene un enorme golpe de vista para sorprender, y una facilidad desbordante para decir, nos hace reposar tan deleitosa y extraordinariamente en sus descripciones, que jamás se olvidan.

Hugo Wast es reposado, tranquilo en su literatura, se enseñorea del paisaje y de una escena, y por ese medio más que por cualquier otro, se adueña también del espíritu de sus lectores.

A G. Martínez Zuviría se le pueden señalar defectos, pero de la manera que la crítica se los subraya a los más grandes maestros autores de inmortales libros; ya no se le puede atacar; sus adversarios (que los tuvo formidables), ha tiempo se han dado por vencidos.

* * *

Soiza Reilly es el otro "tipo" de la hodierna literatura argentina.

Es completamente distinto, como ha sido distinta la vida de ambos.

La vida de Soiza Reilly cazando escenas por todo el mundo, es un Kaleidoscopio.

Hay algo en que nadie gana a este prosista: en originalidad.

Originalidad de concepción, de inventiva, de frase.

La Historia de la Literatura Español pondera la enorme inventiva escénica de Lope de Vega, pues escribió 1.500 piezas teatrales, de las cuales han llegado hasta nosotros quinientas. Si la lucha por la vida en Soiza Reilly no hubiera sido tan honda, en lugar de los diez y ocho libros que lleva publicados, a buen seguro que nos hubiera obsequiado con ciento ochenta.

Su cerebro no se agota, su ingenio nunca se mengua en el arte de tejer tramas, o de ver aspectos distintos y no vistos, lo mismo en las personas que en los sucesos.

No quiero referirme a las originalidades de su corazón; todo su físico que es voluminoso, constituye un inmenso corazón y por doquier fluye originalidad: es un gran corazón lleno de alas.

Soiza Reilly no alumbra como un foco, sino como un relampagueo intensísimo y deslumbrador.

No hay en el país entero un escritor capaz de decir cosas, con frases tan nuevas, expresivas y espontáneas; con frases tan propias del autor. Su marca de fábrica es inconfundible. Muchos lo han querido imitar y no han podido. Su escuela no ha podido confesionarse, porque sus imitadores se han desesperado.

Soiza Reilly no dice: "Fulano tiene un estilo pesado", sino que prorrumpe: "Fulano cuando escribe marcha sobre ruedas cuadradas". ¿Os imagináis lo pesado que debe resultar viajar sobre ruedas cuadradas?

Soiza Reilly es incapaz de decir "el poeta tal, es verdadero poeta", sino "es poeta de poesías". Cuando se indigna ante las injusticias humanas, como su bondad le impide poner bombas de dinamita, halla la expresión de su saña compatible con su cristiana mansedumbre: "Quisiera tener a mi alcance un canasto de huevos para reventarlos con el pie".

De una viejita que llora, dice: "su rostro es como una pared vieja, llena de arrugas, por las cuales surcan lágrimas". Para expresar el dolor subjetivo de un ser humano, dice: "Sufría como un caballo ardiendo".

Este escritor es maestro único en antítesis, en paradojas, ironías, y por encima de todo, la originalidad.

Martínez Zuviría y Soiza Reilly son fuentes que nunca dicen basta.

Martínez Zuviría es el rey de la descripción, sin que le falte originalidad.

Soiza Reilly es el rey de la originalidad, sin que le falte el arte de la descripción.

Para mí constituyen los dos tipos más fuertes de prosistas hodiernos, contemplando a cada uno de ellos en el complexo de todas sus cualidades, y de lo mucho que han escrito, ya que el país cuenta con otros escritores de valiosísimo fuste.

Alfonso DURAN.

Moral política

La moral es la base, en que debe descansar la actividad humana. Conoce la sociedad este aforismo, y lo ampara bajo la concepción ideológica, como un teorema mental, no así, en los problemas de la lucha por la vida.

Tienen, la instrucción y la cultura, la virtud de señalar el mal, a manera de punto vulnerable, fácil de distanciar en cualquier circunstancia; pero la inteligencia, puesta a un servicio determinado, puede obrar con mayor potencia que las dos fuerzas aludidas.

No hemos hecho en el país, todavía, un exámen de valores. Tampoco analizado, las corrientes ideológicas que constituyen el organismo político. Sabemos, sin embargo, que este, cual si fuera el esqueleto del hombre, cuenta con su columna vertebral. Hay articulaciones y sus huesos, no siempre están en perfectas condiciones.

La política es la fuente del bienestar de un pueblo, porque de ella, surge la organización gubernativa que debe orientar y fiscalizar la vida de las masas.

Tenemos en nuestro país, varias fracciones políticas. Algunas, parecen estar todavía en embrión, porque cuentan con reducido número de adictos. Acaso estas sean las más fuertes dentro del orden moral, porque sus componentes, antes de ingresar, llevan la convicción plena de su obra, hecha a base de meditación, estudio y razonamiento. Ojalá para bien de la república, todas las entidades se reorganicen bajo ese principio. Depende todo, de la juventud, que no vacila antes de ingresar a un partido. Y al tocar en estas circunstancias, a la joya más preciada de la vida, hablamos en tésis general, reconociendo, claro está, que una gran parte de ella, no se encanta con la farsa de los programas que contienen promesas progresistas.

En la provincia de Santa Fe, hay varios partidos constituídos. Son éstos: el Radical (fraccionado en gubernista y constituyente), Demócrata, Socialista, Comunista y Georgista, aunque, los dos citados últimamente, cuentan con pocos adherentes.

Lejos de constituir los comités, un centro de estudio, para elevar la cultura cívica de los ciudadanos, ya sea por medio del libro, de la prensa o tribuna, son por norma general, puntos de cita, para las censuras que hace surgir el odio y repulsión. Salvo, en los que corresponden a los socialistas, comunistas y georgistas, en los cuales, siempre yace abierta, como invitando a consultas, la modesta biblioteca.

Los radicales y los demócratas se tienen resentimientos extremos. Tal es así, que hacen su propaganda, lanzando ataques y censuras. Son pocos los hombres de estos bandos, que en la tribuna, conservan serenidad y llenan bien su cometido: hacer cátedra de moral cívica y política, sin ofender ni menospreciar a ciudadanos que tienen distinta afinidad política.

En Rosario, los socialistas cuentan con varios miles de afiliados. Todos conocen la plataforma electoral del partido, son alfabetos, y saben de la actuación, de los representantes que tienen en el Congreso Nacional. Los comunistas son pocos. La policía los considera sus eternos enemigos. Los persigue y aprehende, sin causa justificada, conceptuándolos, un peligro para la sociedad. Desde luego: tenemos una policía ignorante, y hasta sus dirigentes viven ajenos a los acontecimientos modernos; pues, no saben, que hasta en Italia, que es un reinado, hay en el parlamento representantes comunistas.

En cuanto a los georgistas, son pocos. Como su nombre lo indica, son afectos al impuesto único, y luchan por hacer conocer los principios fundamentales de este plan económico. El pueblo no le responde. Acaso sea porque no todos los ciudadanos, se han detenido un instante para estudiar acerca de este particular. Actualmente es más fácil, convencer a tres ciudadanos radicales, para que ingresen al partido demócrata, que encontrar uno, que conozca y defienda el georgismo; esto, dentro del elemento trabajador.

Es tarea árdua armonizar ideas para mejorar nuestro ambiente político. Sabemos que es obra de gobierno, velar por la moral política; pero tal labor no podemos esperarla en Santa Fe, donde la administración va en tren de bancarrota.

Le corresponde a nuestra juventud, afianzar sus ideales en la verdad y justicia, y luchar inteligentemente, apartándose de lo malo, para así, hacer obra cívica y engrandecer nuestra patria. Confiamos en ello.

Descubrimiento de América

Por Guillermo Róbertson

Guillermo Róbertson, doctor en Teología, historiador escosés, nació en Borthwick, en 1721. Estudió teología en la Universidad de Edimburgo, y adquirió rápida notoriedad como orador sagrado. Su "Historia de Escocia" (1759), le asignó un lugar preferente entre los mejores historiadores de su país, muy especialmente por su estilo límpido y agradable, y le hizo merecedor de desempeñar los cargos de rector de la Universidad de Edimburgo e historiador real de Escocia. Murió en 1793. Sus otras obras importantes, son la "Historia de Carlos V" y la "Historia de América".

El día 3 de agosto de 1492, un poco antes de salir el sol, Colón se hizo a la vela en presencia de una multitud de espectadores que levantaban sus manos al cielo para implorar un buen suceso que deseaban eficazmente, pero que no esperaban. Colón navegó rectamente a las Canarias, a donde llegó sin que aconteciera nada digno de notarse en cualquier otra circunstancia; pero en un viaje cuyas consecuencias debían ser tan interesantes, todo llamaba la atención. El gobernalle de la Pinta se rompió al segundo día de camino; este accidente alarmó a los marineros, tan supersticiosos como poco hábiles en repararlo, y fué mirado como un seguro pronóstico del mal suceso de la expedición; además, en el corto pasaje de España a Canarias, se notó que las naos eran tan malas, y que estaban en tal desorden, que se juzgó difícil el que pudiesen resistir una navegación que, según se temía, debía de ser larga y peligrosa. Colón, sin embargo, las hizo recomponer, lo mejor que se pudo, y habiendo embarcado provisiones frescas, salió de Gomera, una de las más occidentales de las Canarias, el 6 de septiembre.

En esta época comienza verdaderamente el viaje emprendido para descubrir el Nuevo Mundo, porque éste es el momento en que Colón, haciendo vela directamente al oeste, abandonó todos los derroteros seguidos hasta entonces por los navegantes y se metió en un mar desconocido. En el primer día caminó poco por falta de viento, mas en el segundo perdió de vista a las Canarias. Tan pronto como esto sucedió, muchos de sus marineros, abatidos y consternados al considerar lo arriesgado de su empresa, comenzaron a lamentar su suerte, y a llorar como si jamás debiesen volver a ver la tierra de que se alejaban. Colón los tranquilizó con las razones que le daban lugar a esperar un buen resultado, y con la consideración de las riquezas que les proporcionarían las opulentas regiones a que los conducía. Este desaliento, que se manifestaba tan temprano, anunciaba que Colón tendría que combatir no solamente contra las dificultades inseparables de una empresa de la naturaleza de que él intentaba, sino también las que procediesen de la ignorancia y de la pusilanimidad de las gentes con quienes tenía que tratar, y se convenció de que la ciencia de conducir los hombres no le era menos necesaria que todo su valor y toda su habilidad náutica. Felizmente para él, y para el país a quien servía, Colón reunía el ardor de un proyectista, ciertas cualidades de otra especie que rara vez se encuentran juntas; estas eran un gran conocimiento de los hombres, un espíritu insinuante, una perseverancia infatigable en continuar su plan, un grande imperio sobre sí mismo y el talento de gobernar y dirigir las pasiones de los otros. Estas cualidades, que le hacían muy a propósito para mandar, estaban acompañadas de todos los conocimientos de su arte, que inspiran confianza en los peligros. Los navegantes españoles, que hasta entonces no habían hecho otra cosa que seguir las costas del Mediterráneo, no podían dejar de mirar como prodigiosa la superioridad que llevaban sobre ellos treinta años de experiencia y la costumbre de las prácticas industriosas de los portugueses; por lo mismo, desde que estuvieron en el mar, nada se hizo sin su orden; él mismo velaba la ejecución de las maniobras; no tomaba más que pocas horas de descanso, y nunca se apartaba de la cubierta. Como navegaba en mares desconocidos, la sonda y los demás instrumentos de observación estaban frecuentemente entre sus manos. Siguiendo el ejemplo de los navegantes portugueses, ponía mucha atención en el movimiento de las mareas, en la dirección de las corrientes, y en el vuelo de los pájaros; observaba los pescados, las plantas marinas, en fin, todos los cuerpos flotantes que encontraba, y reunía en un diario todas sus observaciones con la exactitud más escrupulosa. Sus marineros, acostumbrados a viajes más cortos, no podían menos de asustarse a proporción que se alejaran más de la tierra; Colón cuidó de ocultarles una parte del camino que habían andado; y con este objeto, aunque el segundo día después de su salida de Gomera estaban diez y ocho leguas distantes de ella, no les contó más que quince y siguió sirviéndose del mismo artificio. El 14 de septiembre, la pequeña flota se encontraba más de doscientas leguas al oeste de las islas Canarias, a cuya distancia de tierra ningún barco español había estado jamás. Nuestros navegantes quedaron asombrados en esta altura con la observación de un fenómeno tan admirable como nuevo para ellos. La aguja de marear no se dirigía ya exactamente a la estrella polar, sino que se inclinaba un grado más al oeste, diferencia que crecía conforme iba avanzando. Este efecto familiar en el día, aunque su causa permanezca entre los misterios de la naturaleza que el hombre no ha podido aun explicar, llenó de temor a los compañeros de Colón; se veían perdidos en un océano sin límites y desconocido, lejos de todos los derroteros frecuentados, en donde las leyes de la naturaleza parecían alterarse, y la sola guía que ella les había dado, iba a faltarles absolutamente. Colón, sirviéndose entonces tanto de su presencia de espíritu como de su habilidad, inventó inmediatamente una explicación de este fenómeno, que sin ser bastante a tranquilizarle, pareció tan plausible a su gente, que sus murmuraciones cesaron y su miedo se disipó.

Continuó, pues, llevando la proa rectamente al oeste, poco más o menos en la latitud de las Canarias; y siguiendo esta ruta encontró los vientos que soplan constantemente del este al oeste, entre los trópicos y bajo algunos grados de latitud fuera de ellos.

Estos vientos siempre fijos le impelieron con una rapidez tan sostenida, que muy rara vez hubo necesidad de cambiar el aparejo. A distancia como de cuatrocientas leguas de Canarias, encontró Colón el mar de tal modo cubierto de plantas, que parecía una pradería de mucha extensión; y en algunos puntos era tal su abundancia, que embarazaban la marcha de la nave. Esto despertó nuevas inquietudes y alarmas. Los marineros imaginaron que habían llegado a los límites del océano, que estas yerbas les impedirían pasar adelante y que ocultaban escollos peligrosos, o una grande extensión de tierras sumergidas. Tomó Colón el mayor empeño en persuadirles que el objeto que tanto les asustaba debía más bien animarles, como que era signo de la proximidad de alguna tierra; un viento fresco lo desembarazó al mismo tiempo de estas hierbas; se vieron muchas aves revolotear alrededor del barco y dirigirse en seguida hacia el oeste, y la gente abatida tomó alientos y concibió alguna esperanza.

El primer día de octubre halló el almirante por su estima, que se encontraba a setecientas setenta leguas al oeste de las Islas Canarias; mas temiendo que sus compañeros se espantasen al saber el largo camino que llevaban ya andado, les dijo que sólo estaban a quinientos ochenta y cuatro; y felizmente para Colón, ni su piloto ni los de los otros barcos, tenían suficiente instrucción para conocer que les engañaba. Tres semanas hacía que estaba en el mar siempre avanzando en la misma dirección, sin ver tierra alguna, a pesar de haber hecho más que todos los navegantes anteriores habían intentado o juzgado posible. Sus pronósticos de descubrimiento tomado del vuelo de los pájaros y de otras circunstancias, habían resultado falsos; las esperanzas de hallar tierra, con cuyo artificio les entretenía su comandante, o que les inspiraba su propia credulidad, se habían desvanecido, pues por el contrario parecía que se alejaban más que nunca de ella; estas reflexiones se ofrecían frecuentemente a unos hombres que no tenían otro objeto de ocupación, ni otra materia sobre qué hablar y discurrir, que el término y las circunstancias de la expedición; ellas produjeron finalmente una fuerte impresión, primero sobre los más ignorantes y más tímidos y pasando gradualmente a los más instruídos y re-



Colón toma posesión del Nuevo Mundo en nombre de los Reyes Católicos



HERNAN CORTES
El ínclito conquistador de Méjico



Colón al salir del puerto de Palos en busca de las tierras desconocidas

...vueltos, el terror se extendió en las tres naves. De las sordas murmuraciones se vino muy pronto a quejas manifiestas y a una maquinación declarada. Clamaron contra la inconsiderada credulidad de sus soberanos que habían confiado bastamente en las vanas promesas y en las conjeturas aventuradas de un miserable extranjero, para arriesgar la vida de un gran número de sus vasallos por llevar adelante un plan quimérico: protestaron que habían plenamente cumplido con sus obligaciones, adelantándose tanto en un derrotero cuyo término era desconocido, y que no podrían jamás vituperarles, haber rehusado seguir más tiempo a un aventurero que los conducía a ciegas a una pérdida cierta; que era necesario pensar en volver atrás, mientras que sus malos barcos estaban en estado de sufrir el choque de las aguas; y anunciaron al mismo tiempo el temor en que estaban de que las vueltas les fuesen impracticables, pues que el viento favorable hasta entonces a su viaje, haría imposible la navegación en una dirección opuesta. Todos convenían en que era preciso obligar a Colón a abrazar el partido que importaba a la salud común, y aun algunos de los más osados propusieron, como medio para librarse de sus amonestaciones, el echarle al mar, persuadidos de que a su vuelta a España, la muerte de un aventurero, que había salido mal de su empresa, no excitaría ni interés ni curiosidad.

Conoció Colón perfectamente lo peligroso de su posición. Había notado con mucho sentimiento los funestos efectos de la ignorancia y del temor en el descontento de su tropa, y veía la rebelión próxima a estallar; conservó, sin embargo, toda su presencia de ánimo y fingió ignorar sus tramas. A pesar de la agitación e inquietud de su espíritu, manifestó siempre un semblante alegre, y afectó la satisfacción de un hombre que ha conseguido ya buenos resultados y que aun los espera mayores. Algunas veces se servía con maña de las insinuaciones y de las chanzas para dulcificar los ánimos; otras, los atacaba por la ambición o por la avaricia, presentándoles con magníficas pinturas la fama y las riquezas que iban a adquirir. En otros momentos tomaba un tono de autoridad, y les amenazaba con la indignación de sus soberanos, si por su cobarde conducta hacían se desgraciase una empresa tan noble, cuyo objeto era extender la gloria de Dios y ensalzar el nombre español sobre el de todas las naciones de la tierra. Estas gentes groseras, aun en medio de su cólera sediciosa, se contenían poderosamente con las palabras de un hombre a quien estaban acostumbrados a respetar; así es que no sólo reprimió de este modo los excesos a que iban a entregarse, sino que les persuadió a que se abandonasen aún por algún tiempo a su dirección.

A medida que avanzaban, las apariencias de la proximidad de tierra parecían más ciertas y hacían las esperanzas más vivas. Los pájaros se veían a bandadas, y dirigían su vuelo al sudoeste. Colón, siguiendo aun en esto el ejemplo, de los navegantes portugueses, a quienes el vuelo de las aves había guiado en sus descubrimientos, mudó su dirección y mandó llevar el rumbo al sudeste; mas después de haberlo conservado sin éxito alguno, y no viendo durante un mes entero otra cosa que cielo y agua, los marineros perdieron del todo la esperanza. El terror se despertó con nuevas fuerzas; la impaciencia, la rabia y la desesperación, se manifestaron en el semblante de todos; desapareció toda subordinación; los oficiales, que hasta entonces habían participado de la confianza de Colón sobre el buen éxito de la empresa y que habían sostenido la autoridad del jefe, se pusieron de parte de la tripulación, se reunieron tumultuosamente en la cubierta, dirigieron sus quejas y amenazas al almirante y le exigieron que diese inmediatamente la vuelta a Europa. Colón conoció muy bien que sería inútil usar de insinuaciones y razones, que no hubieran producido efecto alguno, después del uso que de ellas había hecho en otras ocasiones, y que era imposible reducir por motivos de gloria a hombres en quienes el temor había apagado todo sentimiento generoso; creyó que ni la dulzura ni la severidad podrían sosegar una revolución que había llegado a ser tan violenta y general; se vió, pues, obligado a entrar en composición con pasiones que no podía ya dominar y a dar libre curso a este terror excesivamente impetuoso, para poder ser detenido con dique alguno. En virtud de esto, prometió solamente a sus gentes conformarse con lo que exigían de él, a condición de que continuasen siguiéndole y obedeciendo, aún tres días, asegurándoles que si en este intervalo no se descubría la tierra, abandonaría su empresa para volver a España.

Aunque las gentes de Colón estaban muy resueltas e impacientes por tomar el camino de Europa, estas proposiciones les parecieron razonables y aun el mismo Colón no aventuraba mucho limitándose a un término tan corto. Los signos menos equívocos y repetidos con frecuencia, anunciaban la tierra; hacía algunos días que la sondaleza tocaba fondo, presentaba materias que confirmaban esta indicación; las bandas de pájaros se habían aumentado mucho, y se componían no solamente de los de mar, sino también de aquellas especies que no pueden separarse mucho de la tierra. La tripulación de la Pinta divisó una caña que flotaba y parecía cortada recientemente, así como una pieza de madera trabajada por mano de hombres; las gentes de la Niña, cogieron una rama de árbol que flotaba también y tenía bayas rojas absolutamente frescas; las nubes que rodeaban al sol, tomaban distinto aspecto; el aire era más suave y caliente y durante la noche el viento corría con desigualdad y variación. Colón estaba tan persuadido por todas estas observaciones de la proximidad de la tierra, que en la tarde del 11 de octubre, después de las preces generales pidiendo a Dios un feliz suceso, mandó aferrar todas las naves, poner las tres naves al pairo y velar toda la noche, temiendo ser arrojada a la costa. En este momento de crisis y de expectación, nadie cerró los ojos; todos permanecieron sobre cubierta, con la vista fija en la parte por donde esperaban descubrir esta tierra deseada tanto tiempo hacía.

Como a las diez de la noche, estando Colón sobre el castillo de proa, observó una luz a cierta distancia, y llamando aparte a Pedro Gutiérrez, paje de la reina, se la hizo ver. Gutiérrez la distinguió perfectamente y mostrándosela a Salcedo, comisario de la escuadra, todos tres reconocieron que estaba en movimiento como si fuese llevada de una parte a otra. Un poco después de media noche, se oyó gritar ¡tierra, tierra!, a la gente de la Pinta que siempre iba delante de los otros buques; mas habían sido engañados tantas veces por las apariencias, que no se dió mucho crédito y se esperó el día con toda la agitación que producen la inquietud y la impaciencia. Llegado este momento, las dudas y temores desaparecieron. Se vió claramente a dos leguas del norte, una isla llana y verde adornada de bosques, regada por muchos arroyos, y que presentaba todas las señales de un país delicioso. La tropa de la Pinta comenzó a cantar el Tedéum para dar gracias a Dios, y los marineros de las otras dos naves unieron sus cánticos a los de la primera, en este acto de piedad, acompañándolos con lágrimas de gozo y con mutuas felicitaciones. La acción de gracias que tributaron al cielo, fué seguida de la reparación debida al comandante; los españoles se arrojaron a los pies de Colón, manifestándole todas las señales de arrepentimiento que tenían de su conducta, y del respeto que le inspiraba; le pidieron perdón de su ignorancia, de su incredulidad y de su insolencia, que le habían causado tantas penas y disgustos, y que habían servido de obstáculo a la ejecución de un plan tan bien concertado como el suyo, pasando finalmente de un extremo a otro, vieron en el hombre a quien poco antes amenazaban, un sujeto inspirado del cielo, y dotado de una perspicacia y de un valor sobrehumano para cumplir un designio superior a las ideas de todos los siglos precedentes.

Al salir el sol, todas las chalupas guarnecidas de hombres, y armadas, se adelantaron hacia la isla, banderas desplegadas, al son de una música guerrera, y con todo el aparato militar.

A medida que se acercaban a la isla, veían cubrirse su costa de habitantes atraídos por la novedad del espectáculo, y que en sus gestos y movimientos manifestaban la admiración y asombro que les causaban los objetos extraordinarios que se presentaban a su vista. Colón fué el primer europeo que puso pie en el Nuevo Mundo, que acababa de descubrir; desembarcó ricamente vestido, espada en mano y seguido de su comitiva, todos besaron la tierra en pos de la cual suspiraban hacía tanto tiempo; alzaron un crucifijo, y prosternándose en su presencia, dieron gracias a Dios por el feliz éxito de su viaje, y tomaron en seguida, solemne posesión del país por la corona de Castilla y de León con todas las formalidades que los portugueses acostumbraban observar en sus descubrimientos.



ALONSO DE ERCILLA
El poeta de la conquista

[illegible] —Foto del Dr. Roque Sáenz Peña

La Carcajada

(CUENTO)

Para el SANTA FE

Había cesado la tormenta, y el viento frío constituía un peligro para Oscar, que mejorado de su enfermedad, contra los consejos de su médico, abandonó el lecho para ir al teatro. Tenía necesidad de hablar a Martha, a quien amaba de alma, y quería hacer su dulce compañera del mañana.

Oscar, esa noche no había bebido alcohol. Sufría por unos anónimos recibidos, aunque los conceptuaba carentes de verdad. El era un convencido de que la reflexión, cabe en un espíritu elevado y que el hombre, tiene momentos de lucidez extrema. Por eso sentía hondamente las amarguras de la vida y soportaba el peso del obscurantismo. Amaba y sabía algo malo que lo afectaba moralmente.

Su amada, no había ido al teatro. Eso le hizo sufrir hondamente. ¿Qué hacer?, se preguntó. Y decidió dirigirse a la confitería a alcoholizarse. Gustaba de la delicia, que le producía la embriaguez extrema, que ya iba consumiendo su organismo.

Oscar era un poeta bastamente conocido y mejor apreciado. Actuaba en el periodismo, habiéndose destacado por sus valiosos escritos.

En un concierto, la conoció a Martha. La habló, y llegaron a una inteligencia. Ambos se amaron.

A una kermesse de caridad, concurrieron por iniciativa de un distinguido militar retirado. Ella era de la comisión organizadora, y a cada instante, la molestaban con consultas o saludos.

Un joven médico, heredero de una respetable fortuna, llamó la atención por la forma en que malgastaba el dinero. Tomaba parte en todos los juegos y compraba cédulas regalando los obsequios y vueltos.

El coronel Paiz, todo venía observando, y como hombre de experiencia, se apercibió del plan que desarrollaba el aludido, quien, según Martha, en un día danzante, la había requerido relaciones amorosas.

Era menester desairar al enamorado. Y nada más oportuno, que el número especial y novedoso, preparado para la fiesta: rifar un beso de Martha.

A media noche, cesó la música. El coronel, de pie sobre una mesa, se improvisó rematador, y tenía el aviso de bajar el martillo cuando Oscar ofreciera doscientos pesos. Comenzaron las ofertas. Don Tomás, el padre de Martha, ofreció diez pesos. Una dama, [illegible] veinticinco. Y aumentaron hasta cien. Entonces, el coronel, [illegible] Oscar que no había ofrecido todavía, [illegible] a lucirse. Este no se hizo esperar, y de inmediato, ofreció todo lo que tenía: doscientos pesos. Apenas se había oído su voz, el docturcito mencionado, lanzó un grito: mil pesos, abriéndose paso hacia el rematador. Un silencio profundo reinó en la fiesta, y Martha, sacrificó así un beso, en presencia de su amado y ante tanta gente.

Pasaron dos semanas sin que se vieran Oscar y Martha. En balde eran las citas dadas por el enamorado. Tal es así, que decidióse enviarle una carta concebida en los términos siguientes:

"Tesorito mío:

Soy presa de una embriaguez extrema. Un rasgo de voluptuosidad nunca sentida me domina, habiendo templado mi alma. Amo y por eso estoy loco. ¿Para qué, cachito de gloria, habet cruzado ante vos. ¿Por qué me has negado la felicidad? El temor es hijo del prejuicio, y este el puñal que hiere el alma. ¿Quieres darme la dicha de dejarme morir en tus brazos? Ha tiempo, preciosa, que soñaba en una mujer. Su imagen con su belleza templó mi carácter. La amé sin conocer. De veras. La presentía, y en momentos de espiritualidad, la hice mía. Pero en mi imaginación. El tiempo pasó, y las nubes que eclipsaron mi vida, se abrieron, dando paso a la aurora de la dicha que me llevó frente a vos. Te conocí: vos eras la mujer por mi soñada. ¡La presentida, la adorada. Sí: el alma de mi alma; ¡la amada!

Una pena honda me embarga. Perdóname querida. Te escribo bajo la impresión de una dicha soñada. Por eso, rica, tengo deseos de volar a regiones ignoradas. Cerca de mi alma, cual batir de alas siento tus pasos suaves y dulces. ¡Ah tus pasos suaves, de princesita azul! Veo tus ojos que atraen y enloquecen, que se abren y cierran constantemente. Y tus orejas, cual dos conchas hermosas, que acariciaron mis palabras tejidas a manera de oración de amargura. Sí, de amargura, porque cuando te hablo, me siento morir. Oh, recuerdo tu sonrisa. Tu angelical sonrisa ¡Cuánto me ha hecho vivir! Estar a tu lado, es subir a la cima de una montaña. ¡Guay del que sufre un desengaño! Palpará el dolor tan grande, como si cayera en el abismo. Sí, encanto mío; sí preciosa. Tu boca, ¡oh dulce boca!, es una catarata de placer. Es una fuente de dulzura. Salen de ella las palabras, como acentos más finos que la música. Es porque tus labios de fuego, hechos para el beso, son un crisol de pureza.

Vos te has dejado amar. ¿Amaste alguna vez? Que entendés por amar? Ah, tesorito: quién no ama, sueña. Es tan hermoso amar y ser correspondido, como es doloroso amar en silencio.

Dulces embriagueces me dominan. Parece, que un imposible me vence. ¿Será acaso la parca que con sus negras alas pretende cubrir mi juventud? Es probable. Sin embargo, hay quien puede salvarme. Hay quien está en condiciones de brindarme eterna felicidad. ¿Quién es? ¡Oh! sí; vos sabés. ¿Y cómo no?, si eres vos, el alma de mi alma.

La sociedad se enferma y vicona. Vivimos en un ambiente malo. Todo está ruido y hueco; la amistad y la misma vida. Nuestra juventud ha nacido muerta, porque en el vientre de nuestras madres llegó a filtrarse el prejuicio. Filosofemos, querida, y verás que en esta vida impera la farsa.

La mujer debe aprender a amar; pero a amar de veras. El hombre tiene el deber de respetar a la mujer, educarla y formarle el carácter. Sí, nenita mía; pero ¿qué son actualmente los hombres? Me refiero a la generalidad de los jóvenes. Nada más que niños grandes y enfermos. ¿Es verdad, preciosa?

Tal vez te extrañe mi temperamento. Tengo una educación distinta al ambiente que vos conocés. Mis amigos son los libros y mis actos, todos, los hago en conciencia. Jamás he engañado, ni falseado la verdad. Nunca he exigido. Entendés, querida?

Actualmente, el rinconcito azul, es el ensueño de mi vida. Pero ¿quién será mi compañera? Me amará la mujer que yo amo? No. ¡Qué ha de amarme, si miedo me tiene!

El dolor es el camino sobre el cual, corre mi juventud. Voy hacia lo desconocido. Sí, lejos, muy lejos, a perderme para siempre. Sí. Y en el mañana, tal vez la mujer que amo, dirá: ¡ah, te fuiste! Yo también te amé. ¡Entonces, maldecirá el prejuicio, pero ya tarde!"

La venta del beso, mareó a Martha. El doctorcito era atrevido y audaz, y triunfaba en sus caprichos amorosos, porque se abría paso con su oro.

Pronto, llegó a tener gran amistad con Martha. Y una tarde, sabedor de que ella había quedado sola en la casa con los criados, fué a verla. Por vez primera, solos en la sala.

—Decídete de una vez. Bien sabés que he venido a esto. Ven pronto y no temas de nada—le dijo.

—No. Yo amo a otro hombre.

—Ven pronto, mujer. Quiero beber en un beso de tu boca la pureza de tu alma. El momento, no puede ser más propicio. Y al decir esto, la abrazó fuertemente, tendiéndola en un sofá.

Una lluvia de besos y mordiscos, precedió el instante anhelado, que pasó tan veloz como un relámpago. Después apenas recobrado el mareo, suspiraron hondamente, mirándose como hipnotizados.

Temiendo ser descubierto, el doctorcito se retiró rápidamente. Martha, vaciló unos instantes. Recogió la última carta de Oscar y lloró amargamente. De pronto, corrió hacia una pieza interior, tomó la cartera y colocándose el sombrero, salió presurosa a la calle, rumbo a la desventura.

Transcurrieron cinco años, y Oscar, sólo conocía dolores y amarguras. No olvidó jamás a Martha a quien, sabía, ya perdida en la corrupción y el vicio.

Una noche, de carnaval fué al cabaret. Bailó y bebió, y cuando pensaba retirarse, se produjo un incidente. Sonaron varias detonaciones, y cayó envuelto en serpentinas, el cuerpo de un hombre, disfrazado de Mefistófeles. Dió apenas unos ayes, y murió. Había sido herido en el corazón. Sobre el cadáver, lloraba amargamente una mujer. La víctima y ella fueron descubiertas por la policía. Eran el doctorcito y Martha. Oscar tembló. Recordó el ayer y enloqueció. Tembló, cerró los ojos como para no palpar la monstruosidad de la vida, y sin que [illegible] pudiera impedírselo, se lanzó sobre Martha, abrazándola. Mientras estrujaba su obra, lloraba y reía. Después, dió una fuerte carcajada y cayó desvanecido...

Teófilo Segovia.

Rosario, septiembre 21 de 1923.

Prosas ingenuas

MAMA ROSALIA

El niño de mamá Rosalía está muy grave; el doctor asegura que no tiene remedio, y ella suspira en la alcoba del enfermito después que el médico salió de casa. En una preciosa cuna de madera, cubierta de encajes, adormía Julín, aquel dulce y pensativo nene que sonríe apenas, el de los grandes ojos negros y la frente pálida, suave y triste como un crepúsculo de otoño.

Hay en las almas de los niños un dolor ingenuo que se descubre en sus miradas, que se pierde en sus risas. El niño era de constitución débil, y, antes que del regocijo, supo de la angustia; el tumor de la pierna le había imposibilitado a poco de surgir a la vida. Ahora contaba unos tres años; pero desconocía aún el hechizo de saltar, de correr en los jardines y en los paseos de frondas amables y surtidores bulliciosos, pleno de entusiasmo y de alegría, porque la salud dominaba su espíritu y tenía un feliz camarada, un amiguito de travesuras. Encerrado siempre, se contentaba en mirar los pajarillos cruzando la atmósfera, bruscamente azul, desde la ventana de su cuarto, lleno de juguetes que yacen en un rincón sin inspirar su codicia... Hubiera querido remontarse al cielo para sentir una inquietud nueva! ¡Les envidiaba tanto a las aves...! Sombrío y meditabundo, gustaba de hojear los libros, de ver sus estampas, de emborronar de monigotes sus hojas y de sacar figuras, que cortaba con deleite profundo, en una habilidad seductora. Los criados le entretenían con sus narraciones y cuentos, y sobre todo mamá, que le decía historias fantásticas de gigantes y princesas, de brujas y de hadas madrinas que guardan una varita de las siete virtudes. Papá nunca se ocupaba de él; invertía el tiempo en el casino, y a menudo transcurrían dos o tres meses sin que le hablase, ni recibir un beso en su cara apacible; mamá le comunicaba otras veces, serena y digna, que estaba en París o en Londres por motivos de un negocio; pero él suponía otras cosas, que nunca se atrevió a decir más que mirando fijamente, con anhelo de perdón y de justicia.

Estaba unos días en el lecho, bajo una fiebre intensa, que le hacía delirar las noches y que le oprimía el corazón, golpeando su cerebro en furiosas oleadas, en agobios sofocantes. Mamá Rosalía, con esa tierna solicitud que forma el recuerdo más glorioso de la infancia, pasó las noches en vela, preparando las medicinas, arropándole cuidadosamente, escuchando el menor ruido, inclinando su rostro sobre la carita exangüe de Julín, de esa florecilla que se mustiaba como un lirio de fe.

Habían sonado las once de la mañana y aún permanecía junto a la cuna, porque el nene no concilió el sueño, porque no hizo más que revolverse en las sábanas, mover sus bracitos extenuados y chascar su lengua en sed horrible.

—¡Pobre hijo!—clamaba —No ha reposado un momento. ¡Julín, mi Julín! ¿qué te ocurre?

El pequeño abría más aún sus enormes ojos, tranquilos y oscuros, dilatados por la fiebre, como si por ellos quisiera dar a su madre todo lo que sentía por su alma, todo lo que en ella era fuego de calentura y pesadumbre.

—Tengo frío, mucho frío! Son unos copos de nieve que me tiran de los pies. ¡Mamá, mamá, quielo agua!

—Estate quieto, pues lo manda el médico. Si eres bueno, vendrán tus primos a jugar contigo... Lucía y Javier, ¿te acuerdas qué simpáticos?...

—No, quielo que venga papá, mi papá, ¿sabes?... ¡Mi papá!—gritó sofocado, en un reproche pueril.

Ella no contestaba: sólo en sus labios crujía una frase de indignación, y el llanto que brotaba en sus ojos caía sobre la ropa del enfermo, disimuladamente.—¡Canalla, más que canalla!... ¡No velar a su hijo!... ¡Que sufre!... ¡Que se muere!...

Julín todo lo comprendía; por esto deseó un ángel que desapareciera del mundo. La vida contiene hondas amarguras; los niños bondadosos y afables, de una resignada precocidad, es preciso que huyan pronto de la tierra, que nos abandonen, para que el lodo no manche sus alas, alas de golondrina que no encontró nido...

—¡Mamá!—suplicó el nene agitándose —¡Cóntame algo!... Lo de Fulgencio, Bancafó, lo que tú quielas...

—No, no; hay que dormir—rechazaba la madre con ternura.

—¡Que chi, que chi!... ¡O me destapo!—amenazó el picarillo, rebelde una sola vez.

—Bueno, calla; lo que tú gustes... Vamos, te diré aquello de las fresas... Pues señor: en un bello país lejano, tan remoto que nadie lo conoce ya, hubo un príncipe que por generoso y valiente causó la envidia a los reyes de los Estados vecinos. Uno de ellos, pérfido y traidor, quiso envenenarle. Para esto, cogió las fresas más ricas de su jardín, las emponzoñó, las puso en un canastillo de oro y las mandó con una hija suya, que disfrazóse de pastora. Fué la joven a palacio y entregó a uno de sus guardias el presente del rey, ocultando su nombre y dándole un anillo de rubíes por que lo llevara al comedor muy en secreto; hallólas el príncipe, al volver de caza, y, extrañado por la hermosura y el tamaño del fruto, deseó averiguar su procedencia. Nadie entre sus vasallos pudo explicarle quién las había traído y puesto sobre la mesa, pues el guardia, temeroso de un castigo, procuraba no confesar lo que sabía. A los postres, muy satisfecho de aquel regalo famoso, el príncipe se dispuso a comerlas; no hubo tragado unas cuantas... ¡Por fin se ha dormido!... ¡Alma mía, que Dios te depare buen sueño! ¡Quizá sea tu pronta salvación! —gemía esperanzada la madre, con la esperanza que todo lo fía en el milagro y en la piedad...

Se llegó muy sigilosamente a la cuna, y, rezando a la Virgen María, arropó al niño, le besó en la frente, acarició los cortos rizos de su cabellera, y un breve rato le contempló con avidez piadosa y maternal.

—¡Duerme, cariño, duerme!... En tanto que su padre... ¡el canalla!, se juega su fortuna por ahí.

Se acercó a la ventana... Era uno de los últimos días invernales, y el sol bajaba en chorros de luz, como un presagio de la florida primavera. Desde allí se divisaba uno de los paseos que circundaban el hotel, con su compacta hilera de árboles, ya reverdecidos en una promesa de juventud; vió un grupo de muchachos que correteaban seguidos por sus niñeras, chicos de la vecindad que madrugaban para oxigenarse, para robustecer sus cuerpos y sus ánimos. Pensó con tristeza en su Julín, tullido, maltrecho, víctima quizá de algún pecado que ella no cometió, y una idea egoísta, miserable, cruzó por su mente; pero se deshizo en lágrimas al oír las vocecitas infantiles, que cantaban lejos...

Adolfo CUENCA.

LA ISLA DE CALIBAN

Por Wifredo Pi

En el drama shakesperiano, Ariel, genio alado y sutil, representa la energía del ideal triunfante sobre las seducciones del sensualismo y de la vida secundaria; es el mito apolíneo de los griegos que alienta en los coloquios platónicos, redivivo a menudo en las lizas de los antiguos sostenedores de idealidades eternas, el que tiene para los hombres la poderosa sugestión de vivir perdurablemente, renovarse en cada vida que nace con vocación de ideal, ser incentivo de superiores conquistas; potencia invisible y misteriosa que preside todas las eclosiones generosas del espíritu y que al redimirse de las bajas y groseras inspiraciones asciende hacia la luz y es ella misma lumbre prodigiosa que irradia sobre las conciencias, da al vivir un significado más alto y noble e impónese en definitiva sobre la repulsiva soberanía de Calibán.

**

Esclavizados en el islote de Calibán, como en el drama del inmortal poeta inglés, vemos que el genio del mal triunfa permanentemente contra los dictados del bien y de la justicia. Y es entonces que creemos es necesario exaltar en la vida el espíritu grave de Ariel, difundir la esencia misma de su constante e inexhausta idealidad, para que los hombres compenetrados del carácter específico de ese símbolo, opongan a las solicitaciones de orden inferior, las inspiraciones altruistas y la sabia... que son atributos permanentes de Ariel, la deidad belénica, serena y tierna que Renán supo comentar con aquella aguda y amplia comprensión que fué don predominante en su espíritu excepcional.

**

En el plano de las realidades materiales, Calibán vive en la obra de los políticos sin ideal y sin desinterés, de los que no saben elevarse por sobre los cálculos y egoísmos comunes, para entrar en el dominio reservado a la sano moral ciudadana, orientarse hacia las normas esenciales de la justicia, luchar porque sea al fin la política el ministerio del bien solidario y ejecute el postulado supremo de la equidad social, que es también una de las formas para alcanzar el amor y la armonía entre los humanos, aspiración siempre creciente de Ariel.

Calibán reina soberano en las almas ensombrecidas por la hipocresía, en los ensoberbecidos y aduladores, en los anulados por la ignorancia, en todos aquellos que viven sin otra finalidad que el bien propio y han olvidado—el tiro de sensualismos—la ventura legítima de los otros, de los que han hecho de la vida, no el tránsito heroico que impone sacrificios, abnegaciones, estoicas pruebas de probidad, sino que la han convertido en un lugar de satisfacciones groseras, de injusticias irritantes, de aberraciones morales y materiales concupiscencias, en bajo y atrafagante festín epicurista.

Calibán tiene en esas almas, un culto perpetuo; a esa entidad repulsiva que trasuda lujuria, bestialidad y apetitos puramente fisiológicos, rinde aún la humanidad, devoción idolátrica. Calibán triunfa, pues, en todo lo malo, en todo lo que es opuesto a la belleza y al bien, ya que la belleza es bien en sí, es esencia de justicia y de amor; es, Ariel, en suma, victorioso y renaciente sobre los círculos que proyecta en la vida la influencia negativa y bastarda de Calibán.

**

En el discurso con que Próspero, a la hora crepuscular, arroba a sus discípulos predilectos en la obra de José Enrique Rodó, se renueva con el mágico encanto de una prosa inimitable el antagonismo de esas dos fuerzas que no pierden en la bella oración de Ariel el valor simbólico y la trascendente con que el pensamiento noble de Rodó ha pretendido encarnar esas dos entidades arquetípicas. El libro de Rodó, tiene para nosotros una significación clara y concreta. Ha descendido del plano abstracto y vago donde Renán había pretendido dilucidar el conflicto de la idealidad siempre nueva y fulgurante que es Ariel y del genio secundario, escueto y fatalmente terrestre que coexiste en Calibán. Rodó, concreta el símbolo; mira en torno suyo con ojos de artista, interroga el destino del pueblo americano, lamentado entonces por Williams James, en "Los Ideales de la Vida"—otro evangelio de perfectibilidad individual—, observa el alma ondulante de las multitudes, oye atento el clamor incesante de las almas continentales, siente en su espíritu inquisitivo el significado histórico de las civilizaciones que en América pretendían, según su juicio, imponer a los otros pueblos el patrón de su moral y de su carácter y ve entonces que Calibán, contra la confianza de ideal para servir mejor sus bajos sentimientos, excluye toda pureza en el móvil de la acción, lapida todo ensueño de belleza y de armonía y es entonces que surge insólito en el ambiente americano el libro de doctrina nobilísima, breviario de bien y de justicia, serena oración de un griego de nuestro tiempo, que ha sido tocado por el ala luminosa del genio aéreo y benéfico, eternizado en la concepción shakesperiana...

Susceptible de limitaciones, como lo es, en su ideología tendenciosa el libro de Rodó, tiene no obstante una virtualidad que basta para darle perdurabilidad, que es de todos los tiempos y que es universal: el estímulo constante y desinteresado del ideal, del bien y de la belleza. Pudo exagerar en sus anatemas a la civilización del Norte, pudo no ser certera su visión de sociólogo ni exacta y honda su penetración en el análisis de la vida múltiple en potencia de los norteamericanos; pero lo grande, lo permanente, lo que da a su obra actualidad perenne, vida siempre nueva, juvenil encanto, es esa confianza, ese optimismo que infunde en el ideal inasequible, ese canto siempre luminoso a Ariel impoluto, esa fe poderosa, inextinguible en la belleza, esa prédica siempre entusiasta y fervorosa con que, viejo platónico, exhortaba a las almas para que desterraran del islote donde señoreaba su poderío al feo y protervo Calibán...

Sociedad Española de Socorros Mútuos

La prestigiosa sociedad nombrada en el epígrafe, de tan alta y digna representación en el seno de la colectividad española de Santa Fe, ha acentuado sus progresos de una manera sólida y honrosa en los últimos tiempos. Sus autoridades, inspirándose siempre en los intereses de esa institución, que son al mismo tiempo los de la distinguida colonia española en esta capital, no se han dado tregua ni un momento en propender por todos los medios, y con un espíritu de sacrificio, a la realización más amplia de los nobles y patrióticos anhelos que animaran a los fundadores de esa institución, hace hoy más de 20 años, tiempo que lleva de existencia y a través del cual son muchos los progresos que ha experimentado, debido al propicio ambiente en que se desenvuelve.

A la obra de cultura y acercamiento hispano-argentino que con tanto éxito lleva a cabo la Sociedad Española de Socorros Mutuos, hay que agregar la benéfica y útil misión que llena dentro de la colectividad española y que la hace acreedora a las simpatías de que goza, dando fe de ello las numerosas iniciativas llevadas a cabo por la misma en favor de sus asociados y de sus intereses colectivos, creando nuevos y fuertes vínculos de unión y tratando de presentar nuevos exponentes de la importancia que tiene esa colonia.

Para ello, la referida institución aparte de otras iniciativas, ha venido gestionando con meritoria consagración, que la hace acreedora a un sincero aplauso de estímulo; esa gran obra, la Casa España, tan valiosa y que va en camino de ser una bella realidad, gracias a los trabajos empeñosamente realizados desde mucho tiempo atrás y que el éxito, con justicia, ha coronado como la mejor recompensa a tanto esfuerzo. La Casa España es, como se sabe, un costoso edificio que se está levantando en Avenida Rivadavia 3[illegible], y cuya planta baja se destinará a salón cinematográfico, la alta, a salón de actos, y las dependencias necesarias para la sociedad.

El valor del edificio es de 250.000 pesos y consta de dos pisos, teniendo en la planta baja acceso a la platea por tres arcos centrales y un amplio vestíbulo. Las puertas de los lados norte y sur dan acceso a dos locales que podrán destinarse a negocio.

La planta alta consta de un gran salón de actos y diversas dependencias para establecer en su día, farmacia social y consultorio médico, a más de un local para reuniones de la C. D. y Gerencia.

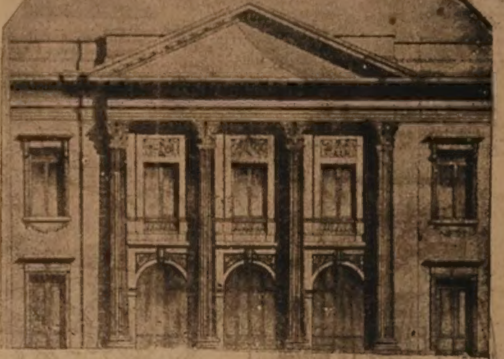
La sala de espectáculos consta de platea, palcos bajos, y tertulia en el piso alto; capacidad para 1.000 espectadores.

Las obras que están bastante adelantadas, quedarán terminadas a fines de abril de 1924.

En cuanto a la situación económica de aquélla, es marcadamente próspera y bien nos lo dice el importante préstamo bancario que le fuera acordado para dar cima al proyecto de Casa España, como lo está haciendo.

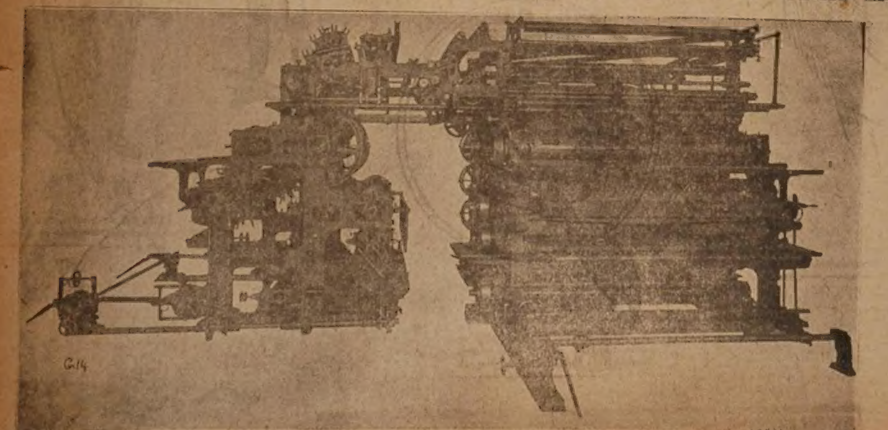
Tenemos a la vista la memoria y cuentas generales correspondientes al ejercicio del año último, consultando las cuales se comprueba lo que dejamos dicho en el sentido de que financieramente goza de una situación buena, llamada a mejorar porque para ello no faltan, ni el concurso de los españoles patriotas ni los afanes y entusiasmos de quienes dirigen los destinos de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, de todo lo cual puede esperarse mucho en beneficio de la obra que realiza y de sus más brillante porvenir.

Los ingresos durante el ejercicio fenecido a que hacemos referencia, han sido de $ 42.844.80; los egresos, pesos 41.153.77, y en cuanto al patrimonio social al 31 de diciembre de 1922 era de $ 157.315.70, indicando esto que la institución prospera y año tras año aumenta su capital, así como el número de asociados, que pasan de los ...



La "Casa de España" que hace construir la Sociedad Española

NUESTRA NUEVA MAQUINA ROTATIVA TRIPLE



RECIENTEMENTE ADQUIRIDA A LA CASA SERRA HNOS., DE BUENOS AIRES, PARA ESTE DIARIO
La nueva máquina imprime 4, 6, 8, 10, 12, 16, 20 y 24 páginas en un solo tiraje, a una velocidad de 20 a 25 mil ejemplares por hora

CANTANDO A LA TARDE

(MOTIVOS MUSICALES)

A Luis García ...

Molinera, molinera...
Gire la rueda ligera,
salte el agua cristalina
sobre tu mano hechicera,
florezca la blanca harina,
florezca la blanca harina,
donde va la vida entera.
El perfume de tu cara,
molinera, primavera
—trigo, sol, sangre, agua clara—,
el perfume de tu cara
ha embalsado el granero
ha embalsamado el molino;
molinera, molinera,
¿dónde está tu molinero
que mate a este peregrino
para que en tus brazos muera,
y, con el grano divino
me haga polvo en el molino?
Molinera, primavera
—trigo, sol, sangre, agua clara—,
el aroma de tu cara
me ha dibujado el camino,
dame tu perfume fino
que es de amor la roja hoguera
y mi corazón espera,
dame tu amor, molinera.
En la rueda del molino
puso un secreto el Destino
para que yo lo cogiera.
Gire la rueda ligera,
salte el agua cristalina
sobre tu mano hechicera,
florezca tu blanca harina
donde va la vida entera...

Luis Doréste.

Acotaciones sobre la mentira

Por MARIANO R. TISSEMBAUM

Así como el paladar gusta de ciertas reacciones provocadas por fenómenos reflejos, el espíritu humano gusta también de ciertos estados imaginativos que producen artificiosamente una reacción atractiva, y por el que se intenta derivar, aunque mal no sea accidentalmente, un estado de subjetividad, similar al de la convicción, como significaría en el anterior, el de la realidad.

Constituye algo así como el afán marginal de querer objetivar un deseo o una aspiración irrealizada.

Según cuál fuere la finalidad del estado subjetivo, puede determinarse la faz psicológica del que recurre a los artificios imaginativos, aún cuando es necesario distinguir que también se producen sin premeditación, provocados en cierto modo por el hábito de una continua excitación mental, análoga por conclusión a la que se produce orgánicamente por medio de reactivos químicos o físicos.

La mentira de nuestras acotaciones no es de orden filosófico ni sociológico. Críticos mordaces como Nordau se han encargado de profundizar el comentario. El nuestro, escrito "calamo currente", sin mayor premeditación, no tiene las pretensiones de un estudio profundo, y conste que en ello no se desliza ninguna insinuación mentirosa, salvedad que formulo por la naturaleza misma del tema abordado.

Nos referiremos fundamentalmente a la subjetividad del que usa de la mentira y no de la mentira en sí, de la mentira como argumento o como conclusión. De esto último, la producción bibliográfica es enorme y a medida que pasa el tiempo, numerosas son las obras que aparecen mintiendo en sus demostraciones.

En ciertas personas, la expresión o creación de una inexactitud, ha llegado a constituir lo que podríamos llamar la sensualidad del mentir y que se caracteriza como un placer subjetivo. Mientras más refinada y más perspicacia haya en la inexactitud, la sensualidad será de grado mayor.

Es así, como, más que por hábito, por placer, se llega a mentir sin ninguna finalidad determinadamente objetiva, desde que lo que se quiere, es provocar ese estado íntimo de sensualidad, que no es una perversión espiritual, porque es en cambio una derivación artificiosa de la normalidad en el sentir.

Se paladea espiritualmente, diríamos forzando la comparación, tal como si se provocara por medios artificiosos un estado orgánico de placer.

De ahí que en muchos, el hábito de la mentira bajo tal característica, se constituya en cierto modo, en una necesidad, que debe ser satisfecha por atracción, y se miente sin fijarse en el tema, en el lugar y en la persona que es objeto pasivo. Se miente por satisfacerse subjetivamente sin preocuparle las consecuencias objetivas. He ahí la característica de los sensualistas de la mentira.

Fuera de ellos, la generalidad, caracteriza la mentira por su faz especulativa, vale decir, por el efecto. Se define por la finalidad que anticipadamente se desea, por la repercusión en el que es objeto pasivo. Y así resultan las mentiras cariñosas, afectuosas, compasivas, como también perversas, cínicas y brutales.

Todas ellas especulan con el grado de sensibilidad que anticipadamente se presupone en el objeto pasivo de la mentira y cuya reacción se ha calculado.

Por un cariño demasiado intenso, ¡cuántas mentiras no se forjan, y cuántos efectos no se desplazan por otras tantas!

En el amor, la mentira tiene un fecundo campo de experimentación, especialmente en los primeros encuentros, donde las almas por mutua atracción realizan algo así como un mimetismo espiritual recíproco. Luego viene con la realidad de los primeros choques, el descoloramiento, y entonces, serenamente, se puede contemplar la acción enmarañadora de las mentiras, inspiradas en una atracción que pareció fundir en un solo sentimiento dos afectos.

En todas las actividades la vemos actuar, ya sea con el propósito de secundarlas, favorecerlas, provocarlas o destruirlas. Su escala es inmensamente grande y su intervención es amplísima. Desde la mentira bondadosamente angelical, hasta la farsa o la hipocresía, la gradación es infinita.

La perversidad de estos últimos estados, hace tan odiosa a la mentira utilizada como argumento o acción, que el concepto adverso a la misma se ha generalizado sin hacer distingos.

La iconografía personifica este último estado de la mentira, en una mujer hermosa, que teniendo cola de dragón, posee en una mano un ramo de flores donde asoma imperceptiblemente una serpiente. El simbolismo no puede ser más gráfico.

La costumbre ha llegado a consagrar, por otra parte, el uso de la mentira; pero en cierto orden de actividad, aún cuando lleve una finalidad egoísta, y su consagración lleva implícita en el convenio público, una especie de ...cio de respeto por la "superioridad" así que ha sabido esgrimir con efecto certero, la mentira. Con referirnos al clásico ejemplo de los especuladores, financistas predilectos de Mercurio, basta como demostración.

La mentira en el buen concepto de su finalidad, ajena a todo propósito perverso, tiene su cierto grado de atracción que equivale a la concepción de una estética subjetiva y que de acuerdo a cada temperamento, se hacen las cosas y los hechos de manera que satisfagan la ansiedad de una percepción de aparente realidad, o de una impresión fugazmente realista y que por lo fugaz, atrae y subyuga.

Así se crea o se miente creando, para satisfacer una vanidad espiritual, para provocar un placer subjetivo o para concebir ilusamente el contraste de la realidad. Todas llevan en sí el artificio imaginativo que provoca la sensualidad de la mentira.

Y mientras más se eduquen los sentidos, y mientras más sutil sea la percepción espiritual, correlativamente irá agudizándose el sensualismo de la mentira hasta que corremos el peligro, por aquello de que la función hace el órgano, de que se torne en un hábito admitido, consentido y hasta necesario de satisfacer.

Para entonces, me reservo prudentemente la conclusión.

Santa Fe, octubre de 1923.

LA CIENCIA Y LA MODA

Venimos observando que la ciencia médica está siempre de acuerdo con la moda. Sobre todo, esa ciencia mundana, que cuida los nervios de "ellas", pone buen celo en no contradecir los caprichos "en vogue".

La ciencia, cuando "ellas" decidieron acortar las faldas, aplaudió, y muy elocuentemente adujo las razones higiénicas de su aplauso. Luego, "ellas" pensaron que era mejor alargar las sayas, y la ciencia dijo que lo encontraba muy acertado porque la higiene...

Ahora, "ellas" cortan sus cabelleras, las trenzas de oro de Margarita, el moño un poco insolente de Mimí Pinsón, las ondas suaves de Giovanetta, el rodete de Carmen que adorna un clavel, han sido cercenados por la tijera que maneja la mano voluble y alocada de la moda. Y la ciencia aplaude también. Los médicos mundanos de París, declaran que Margarita, Mimí, Giovanetta y Carmen obran muy cuerdamente porque con ello ganarán en salud.

Algunos papás y algunos maridos eran un tanto rebeldes a la moda, pero ahora que la ciencia con cara muy grave interviene en favor del corte de los cabellos de sus hijas y esposas, depondrán su resistencia. A la moda la pueden tachar de casquivana, pero a la ciencia, no.

Hasta la misma moral, refunfuñona y agria de carácter, cuando la ciencia habla, se muestra más transigente. "¡Esa desnudez!", protesta la moral. "¡Sirve para oxigenar el cuerpo!", replica la ciencia. "¡Esos movimientos del deporte!", reprocha la moral. "¡Fortalecen los músculos y vigilan el sistema nervioso!", contesta la ciencia. Y cuando una muchachita está mustia y triste porque sus papás no quieren al novio, la ciencia acude en su ayuda: escribe esta receta: "Casamiento. Una cucharada de luna de miel antes de cada comida". Nos aguardan grandes sorpresas: la mujer ha hecho de la ciencia su cómplice. El mejor día, el médico nos dice muy seriamente que un par de perlas, porque las propiedades terapéuticas de la perla.... Y, ¿quién deja morir a una mujer si con el padecimiento de "ella" se cura con las perlas se le devuelve la salud?

LAS DESILUSIONES DE ERNESTO RENAN

POR RAFAEL SANCHEZ DE OCAÑA

A M. Victor Bérard.

La vida de Ernesto Renán, rica en inquietudes espirituales, luchas de conciencia e ideales generosos, no lo es menos en desilusiones y amarguras. Vió sus sueños desvanecidos, sus creencias arruinadas, sus profecías incumplidas. Diríase que un demiurgo irónico, dió en seguir las huellas de sus vacilantes pasos, para enterrar una y otra vez a los dioses que florecieron en su corazón: Cristo en la infancia; la Ciencia y la Democracia en su juventud. Y luego que su inteligencia hubo de madurar en el estudio y en la meditación, se apercibió de que su alma era un altar vacío que añoraba con melancolía la presencia de un Dios. Su razón le buscó con ardor en la filosofía y en la historia; sus sentimientos le invocaron con voces de plegaria en las profundas intimidades de su ser. ¡Todo fué en vano! Lo absoluto se resistió a sus investigaciones de sabio, y permaneció indiferente a sus súplicas de creyente, dejándole sumido en la incertidumbre. Desde entonces su Divinidad fué la duda; a ella tributó su culto, inteligente comprensivo, lleno de simpatía y de piedad para las verdades legítimas y los perennes errores de los hombres.

Más su vida no fué trágica. Un escepticismo consolador mitigó sus sufrimientos y aquietó sus impaciencias frente al enigma del Universo y a la ignorancia del destino humano. Al final de sus gloriosos días, olvidando la seriedad religiosa con que había aceptado el mundo, se divertía viviendo todas las vidas por un arbitrario efluvio de su imaginación; sus ojos convencidos en la lectura de los libros sagrados de la Humanidad, miraban la existencia como una "comedia", juego extraño de un gran artista inconsciente que presidía los caprichos aparentes de la Historia.

CATOLICISMO, CIENCIA, DEMOCRACIA

Cuando la fe le abandona, Renán no sin honda tristeza, revestido aún de sotana, sale para siempre de San Sulpicio sediento de ideal y con la perspectiva de la pobreza. Tenía diez y ocho años; era en noviembre de 1845. El drama interior que precedió a tan grave determinación, aunque desarrollado en la intimidad de su conciencia no nos es desconocido. Las confidencias epistolares a su hermana Enriqueta, nos permiten revivir sus horas de angustia, sus oscilaciones dolorosas para emanciparse intelectualmente, rompiendo con la Iglesia sin odio ni rencor, más bien con sincero pesar. Sus propósitos no sufren cambio alguno, sino que se afirman aún con mayor vigor en su conciencia libre. Ha de vivir santamente consagrado a la verdad y practicando la justicia. ¿Para qué buscar la revelación en otro libro que no sea en el de la Naturaleza y en el de la Historia?

Un azar favorable hízole trabar conocimiento con otro joven como él, preocupado de las cosas eternas. La ...idad de aspiraciones, les unió en una inteligente y cordial amistad, que la diversidad de opiniones no logró entibiar, ni la muerte destruir, ya que el recuerdo de Renán, fué el compañero más dulce y fiel de la vejez de Berthelot.

"Nuestras concepciones — afirma el gran químico—eran bastante diferentes. Si los dos estábamos por igual dedicados a la ciencia y al pensamiento libre, Renán por su origen bretón y su educación clerical y contemplativa, se volvía hacia el pasado, gustaba menos de la democracia de la revolución francesa y sobre todo de la transformación a la vez racional, industrial y socialista de la sociedad moderna".

No obstante, la influencia intelectual de Berthelot parece decisiva, durante los primeros años. "L'avenir de la Science" que Renán escribiera de 1848 a 1849, lo demuestra de modo concluyente. En esta obra de juventud depositó Renán toda la riqueza de su vida interior y las más generosas y entusiastas de sus ilusiones. Heredero de los enciclopedistas proclama la fe absoluta en la Razón y en sus gloriosos destinos. La honda transformación espiritual que la sociedad reclama sólo puede venir de la ciencia, como sólo a la ciencia es dado resolver la cuestión social, que no lo es de goces y de bienestar, sino de perfección y de justicia. ¿No significa la revolución francesa, el primer ensayo de la humanidad para dirigirse por sí misma? Tanta y tan grande admiración le merece, que no vacila en calificar de irracional la historia que la precediera. En la síntesis suprema de la cultura se armonizan la ciencia y la democracia, haciendo que el pueblo participe de la vida del espíritu. A esta socialización de la filosofía, de la belleza y de la moral debe corresponder una universalización del trabajo manual. ¿No pulía lentes Spinoza? Por su parte Renán se halla dispuesto a renunciar el título de profesor auxiliar de Filosofía por un oficio manual que le ocupe cinco horas y le produzca lo suficiente para vivir".

La fe en la democracia tuvo en el alma de Renán una vida tan efímera como la Revolución del 48 en la historia de Francia. Su confesión es terminante: "la reacción de 1851 y el golpe de estado me inspiraron un pesimismo de que todavía no me he curado".

Los mismos luctuosos sucesos que quebrantaron las creencias democráticas de Renán afirmaron las convicciones republicanas y socialistas de Victor Hugo. Lo que al filósofo inspiraba pesimismo, produjo en el poeta tal indignación, que desde su destierro francés se llevó la patria en la suela de sus zapatos—empuñó la pluma vengadora para narrar la "Historia de un Crimen", y dibujar con encarnizada saña la silueta de "Napoleón el Pequeño".

ALEMANIA

Al pasar, y como de soslayo, hemos indicado esa trinidad de decepciones que sufrió Renán: Catolicismo, Ciencia, Democracia. Aún había de experimentar otra desilusión, y de las más dolorosas. Nos referimos a su fe en Alemania, a su admiración por Alemania, a su amor a Alemania.

Cuando Renán abandona el Seminario de San Sulpicio, encuentra en los consejos de su hermana y en la amistad de Berthelot un dulce consuelo de sus pesares. En medio de la crisis religiosa que derrumbara el edificio de sus piadosas creencias tiene horas llenas de desesperanza. "Dios a fin de sostenerme—cuenta Renán — me había reservado para entonces un acontecimiento intelectual". ¿Qué acontecimiento es este que sostuvo sus vacilantes fuerzas en aquel doloroso trance de su vida? Renán satisface nuestra curiosidad. Oigamos sus palabras con respeto y dejemos al tiempo la labor de subrayarlas con su inconsciente ironía: "He estudiado a Alemania —exclama — y he creído entrar en un templo. Todo lo que allí he encontrado es puro, elevado, moral, bello e conmovedor. Es un tesoro; es la continuación de Jesucristo. ¡Cómo son dulces y fuertes! Yo creo que el Cristo nos vendrá de allí". En vano había advertido Heine de los peligros que entrañaba para Francia esa creencia en Alemania, como pueblo idílico de poetas, de músicos y de filósofos. Renán prosigue: "Sí; esta Alemania me encanta; menos la parte científica que su espíritu ético. La moral de Kant es bien superior a su lógica o filosofía intelectual, y nosotros franceses no hemos dicho esa palabra. Francia me parece cada vez más un país abocado a la utilidad para la gran obra de la renovación de la vida en la humanidad".

Tal era la idea, no exenta de ingenuidad, que su espíritu se había forjado de Alemania. De aquí su dolorosa sorpresa al estallar la guerra del 70. Los rumores que precedieron a la catástrofe que había de destruir una de sus ilusiones más queridas, llegaron a él cuando se hallaba de excursión hacia Spitzberg en compañía del príncipe Napoleón. Renán, apóstol de la fraternidad franco-alemana, se resiste a aceptar la mala nueva; tan absurda le parece, y en este sentido escribe a Berthelot. Más su confirmación no se hace esperar. Renán regresa a París lleno de preocupaciones y de temores.

Un testigo de calidad intelectual nos describe la tribulación de su ánimo en aquellos días de duelo para el patriotismo francés. "El 12 de agosto—cuenta Jorge Brandés—me encontré a Renán en la calle y estrechó mi mano entre las suyas; nunca le vi más emocionado. Me cogió del brazo, y durante una hora nos estuvimos paseando. Estaba desesperado: sólo esta palabra puede pintar su estado de alma. "Jamás—me dijo—un pueblo desgraciado ha estado gobernado por imbéciles semejantes. ¿Es que se ha visto alguna vez una locura más terrible? ¡Qué retraso para el progreso de Europa! Cien años no bastarán para reconstruir lo que esas gentes han destruído en un sólo día". Cuando me despedí de él—añade Brandés—Renán lloraba; desde aquel día no le he vuelto a ver".

La guerra fué un golpe brutal que le hirió en pleno corazón y pensamiento. Renán lo confiesa con sincera amargura. Alemania había sido su maestra, y tenía conciencia de serle deudor de lo mejor que existía en él. Esto explica sus sufrimientos al contemplar a la nación que le había enseñado el idealismo, mofarse de todo ideal, al advertir que la patria de Kant, de Fitche, de Herder y de Goethe se encierra en un patriotismo egoísta y exclusivo, y que el pueblo que había presentado a sus compatriotas, como el más moral y culto, se conduce como un pueblo de soldados, no difiriendo en nada de la soldadesca de todos los tiempos "sensuales, ladrones, borrachos, desmoralizados, saqueando como en la época de Waldstein".

No obstante, a veces parece que pretende alejar sus iras patrióticas de todo espíritu de venganza. Goncourt nos refiere una escena interesante: "Berthelot continuaba sus revelaciones desconsoladoras, al terminar las cuales exclamé yo: Entonces todo ha terminado: sólo nos queda educar a una generación para la venganza. No, no, grita Renán, puesto en pie y con el rostro enrojecido; nada de venganza. Perezca Francia, perezca la patria; por encima de todo existe el deber y la razón".

Invocando el deber y la razón, Renán se dirige a Strauss, con gran elevación y dignidad, dando consejos de prudencia y moderación a los vencedores, y recordándoles que la unidad alemana no debe hacerse a expensas de Francia, sino con el asentimiento de ésta. Sus razones impregnadas de humanidad y de justicia, que no lograron convencer a Strauss, menos podían conmover a Bismarck. Cuando Renán escribe su segunda carta al autor de la "Vida de Jesús", la unidad alemana se ha hecho brutalmente a costa de Francia.

Una vez consumado el crimen, como indica Seailles, Renán reniega de sus teorías alemanas, del método histórico y del derecho tradicional monárquico; para protestar de los abusos de la fuerza ante la soberanía del derecho, se ve forzado a volver a las ideas francesas, a esos principios abstractos de la Revolución, de que tanto se había burlado...

"Yo había hecho como sueño de mi vida—había Renán—el trabajar en la débil medida de mis fuerzas en la alianza intelectual, moral y política de Alemania y de Francia, alianza que atraería a Inglaterra, constituyendo una fuerza capaz de gobernar el mundo, es decir, de dirigirle por la vía de la civilización liberal, a igual distancia de las impaciencias ingenuamente ciegas de la democracia, y de las posibles veleidades de retroceder a un pasado que no podía vivir. Mi quimera, lo confieso, ha sido destruída para siempre".

PROFECIAS INCUMPLIDAS

Ante la dolorosa realidad de su patria vencida y mutilada, Renán hace un escrupuloso examen de conciencia. Su comercio espiritual con los profetas de Israel le lleva a explicar el desastre como una expiación de los pecados de su pueblo, y al igual que aquéllos da en la manía de profetizar. Los pecados de Francia no son de índole religiosa sino política, y sólo podrá redimirse acatando la ley de la historia, quebrantada por sus errores revolucionarios: hay que hacer penitencia y enmendarse. La incomprensión de la propia vida nacional ha arrastrado a Francia a separarse de la dinastía que había realizado su unidad. Es necesario volver a la Monarquía y disipar las ilusiones de la Revolución.

Diríase que la lucidez intelectual de Renán sufre un eclipse. Sin adivinar la grandeza moral que atesoraban las rebeldías de la "Commune" le hacen, momentáneamente, volverse de espaldas al porvenir, y apostatar de sus tradiciones ideales de emancipación y de progreso. Tan ciego se halla que atribuye las causas de la ruina del Imperio a la democracia, como si el cesarismo napoleónico no hubiera sido su más rotunda negación. "Un país democrático no puede estar bien administrado ni gobernado", y luego añade "que la democracia es el disolvente más enérgico de la virtud, olvidando Renán, como enseñara Montesquieu, que el fundamento natural de la democracia radica en la virtud misma.

Su alma de patriota, aterrada por las convulsiones revolucionarias de que fué espectador, bien a su pesar, y humillado bajo el peso brutal de las armas enemigas, muestra una completa desorientación al proponer reformas e indicar soluciones. Renán predica la supresión del sufragio universal "que disuelve el alma de la patria", y la restauración de la nobleza, a fin de sostener la jerarquía social. "Aceptemos las virtudes que nos han vencido — dice pensando en Prusia—y volvamos al antiguo régimen". Una vez perdida la serenidad en el juicio, sus pasiones le arrastran a formular peregrinas teorías con la pretensión de justificar la mala fortuna de las armas francesas. El espíritu militar de Francia—insiste Renán—proviene de lo que tenía de germánico. Al expulsar violentamente los elementos germanos, mediante la Revolución, y reemplazarles por una concepción igualitaria de la sociedad, Francia ha rechazado a la vez lo que poseía de espíritu militar". Y su desprecio por la democracia llega a extremos tales, que él sacerdote de la razón libre y blanco de los sectarios odios eclesiásticos, sueña en una especie de reconciliación del pueblo con la Iglesia, sin duda para mantenerle en la mediocridad, si no en la esclavitud. "Que no se mezcle la Iglesia en lo que nosotros enseñamos y escribimos, y no le disputaremos el pueblo, que no discuta nuestro lugar en la Universidad y en la Academia, y nosotros le abandonaremos la escuela rural".

Francia no ha dado fe a las profecías de Renán, ni crédito a sus consejos. En vez de volver la vista hacia el antiguo régimen, ha vivido con intensidad febril los principios revolucionarios. Democracia, República, socialismo, pensamiento libre y humanidad han sido los ideales directores de su inteligencia, los educadores de su voluntad, los inspiradores de su patriotismo.

Renán, incrédulo, que negaba con aristocrático desdén la existencia de lo sobrenatural, al pisar el sagrado suelo de Atenas, vióse forzado a admitir el milagro griego.

De vivir hoy ¿no creería en el milagro francés y lo proclamaría a los cuatro vientos?

Rafael Sánchez de Ocaña.

SEGUNDA SECCION

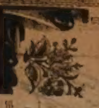
SANTA FE

EDICION DE 40 PAGINAS | AÑO XIII — N.o 6778 | Santa Fe, viernes 12 de octubre de 1923

12 de Octubre de 1923



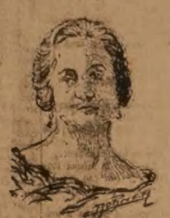
La nueva tierra de promisión



Apuntes de nuestro dibujante

Carlos F. Rohner


Sra. Amalia Guerra de Mosca


Antonieta P. de Gaucht


Sara Pujato Rueda


Esmeralda Mántaras de Carranza


Señorita Alcira Bonazzola




Matilde Trucco de Goitía


Señora Aldao de Quijano


Sra. Sofía Rueda de Bouvier


María C. M. de Garcilaso




Josefina Franchino de Berra


Sta. María Angélica Villaggi


María Isabel Espinosa


Señorita Meiners


Señorita Flora Crouzeilles